

Ainhoa Mencho Rincón
Colegio Sagrado Corazón de Jesús (Jerez)
ANDALUCÍA



Mi mayor deseo siempre fue conocer a mi padre. Mi madre siempre me decía que vendría pronto, pero que él también tenía muchas ganas de verme. Él solía escribirme cartas y siempre me pareció que su letra se asemejaba mucho a la de mi madre, aunque ella siempre aseguraba que el motivo de aquello era que se querían mucho, por lo que mi padre imitaba la letra de mi madre para recordarla siempre.

Según mamá, papá había ido a ayudar a unos amigos suyos en otra parte del país porque debían mudarse muy rápido y mi padre era muy fuerte.

Cuando me sentía triste o preocupado por su inexistente regreso le pedía a mi madre que me contara cosas sobre él, pero mamá no solía estar mucho en casa, así que me quedaba con mi vecina, quien con sus locuras era capaz de animarme en segundos. Cantaba como si de un ángel se tratase y cuando bailaba sobre el verde y frío césped de su patio trasero se despertaban en mí sentimientos jamás sentidos, jamás contados.

Aquel césped en compañía suya es lo que más añoro, de hecho, era ese césped quien me recordaba a mi padre, aún sin haberlo conocido.

Era el césped quien me evocaba vida, del que emanaba mi corta pero a la vez gran felicidad. En él, jugaba a imaginar cómo sería mi padre, pasaba horas y horas dibujando pero sobre todo, lo que más amaba de todo aquel césped al que se unía el barullo de mi querida vecina no era otro que el tiempo que me regalaba para leer mientras mamá no estaba.

Ella solía decirme que no lo hiciese, que era peligroso saber tanto o entrar a otros mundos que no le pertenecían a mi ser, pues una vez entrase no habría vuelta atrás. Estaba completamente en lo cierto, no podía salir de aquellos en ocasiones tenues, o en ocasiones coloridos mundos.

La sensación de mis pies descalzos rozando aquel verde césped mojado por el rocío de la mañana mientras abría un libro era la mejor satisfacción que podía pedir, a parte de conocer a mi padre, claro está.

Nunca supe nada con certeza sobre él, pues a mamá no le gustaba hablar sobre él, ya que cuando lo hacía, una tristeza gris le rodeaba. Sus ojos negros cual carbón comenzaban a brillar como si un mar de lágrimas fuese a inundarle en cualquier momento, pero siempre alegaba el mismo motivo: ello lo amaba completamente.

Siempre quedará en mi mente un soleado día de verano en el que pregunté con un hilillo de voz a mi madre -¿Cuántos años tiene papá ahora?- A lo que ella, con una falsa sonrisa respondió -¿Acaso importa eso? La edad, hijo mío, solo es un número que solo importa cuando eres un queso o un vino.-

Su respuesta me impactó a la misma que vez que me animó un poco, ¿a quién le importaba cuantos años tardase en volver? Estaba seguro de que regresaría, y eso era todo lo que importaba.

Eso era todo lo que importaba, o al menos eso creía hasta que llegó el día de los fuegos artificiales.

Como todas las mañanas me desperté y desayuné solo, pues mamá iba todos los días a ayudar a otros amigos que también estaban de mudanza.

Cogí mi camiseta favorita, me vestí y fui a casa de mi vecina, quien como de costumbre con su alegre tambaleo me esperaba sobre ese hermoso y frío césped. Entonces, al entrar por la pequeña y derruida puerta del patio, su actitud cambió por completo. Tomó mi mano y sobre ella, puso un trozo del césped. Las últimas palabras que me dedicó fueron: "Esto es lo único que recordarás, guárdalo bien, toma tu salvación lo más rápido que puedas y huye". No lograba comprender nada de lo que me había dicho, pero su mirada de cielo me hizo comprenderlo todo.

Con mi salvación no se refería a otra casa que no fuese mi libro favorito, el cual ella misma me obsequió. No pasaba un día sin escuchar la frase "Un libro es como un paracaídas, no te servirá de nada si no lo abres".

Mientras yo asimilaba que era lo que quería decirme ella solo había desaparecido. Jamás había sentido tanto miedo, me comía por dentro. Sentía un lobo enorme que devoraba mi ser, sentado a mis pies, pero a la vez sentía otro animal en mi interior, este no me devoraba, sino que me empujaba hacia mi estantería, donde estaba mi libro.

Apreté la hierba, la guardé en el bolsillo interior de mi pantalón y corrí lo más rápido posible a por el libro. Justo en ese instante comenzaron los fuegos. No imaginaba que fuesen tan fuertes, en mis libros eran más coloridos y alegres, pero aquí, sólo evocaban gritos continuos, lo que me hizo recapacitar para huir lo antes posible, pero ya era tarde para mi, o al menos para huir hacia donde mi padre siempre mencionaba en sus cartas que debía ir cuando tuviese miedo.

Aparecieron dos hombres armados que llevaban a mi madre agarrada del brazo, le gritaban mientras mi madre lloraba. Sujeté con fuerza el césped y entonces acabó todo. Uno de ellos golpeó mi cabeza con la parte trasera de su rifle y entonces caí redondo.

Eso es todo lo que mi memoria, cansada y aturdida me permite recordar hasta el momento. Estoy descalzo y mi libro se encuentra bajo mis piernas, pero esta vez falta mi césped. Aquí hace frío y resuena el eco de otras voces hablando, pero ninguna es conocida. No es la de mi madre, no es la de mi vecina, tampoco es la de ninguno de mis amigos.

Ahora, estamos solos yo y esta guerra, en algún lugar remoto de mi querida Siria.